



MARCELA GLADYS CRESPO <marcela.crespo@usal.edu.ar>

Anibal

1 mensaje

Biglieri, Anibal <anibal.biglieri1@uky.edu>

3 de diciembre de 2014, 11:43

Para: "MARCELA GLADYS CRESPO (marcela.crespo@usal.edu.ar)" <marcela.crespo@usal.edu.ar>

Lexington, 3 de diciembre de 2014

El artículo "La revolución minera asturiana de 1934 en *Melania Jacoby*, de Susana Pérez Alonso: un conflicto individual de proyecciones universales", presentado por la Dra. Marcela Gladys Crespo Buiturón (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad del Salvador), ha sido valorado positivamente para su futura publicación en *Romance Quarterly*. Será incluido en el primer número que sea posible, de acuerdo con la disponibilidad de espacio que permita el cronograma de publicaciones vigente.

Dr. Anibal A. Biglieri, editor

Department of Hispanic Studies
University of Kentucky
Lexington, KY 40506-0027
e-mail: biglieri@uky.edu

**LA REVOLUCIÓN MINERA ASTURIANA DE 1934 EN *MELANIA JACOBY*, DE
SUSANA PÉREZ ALONSO: UN CONFLICTO INDIVIDUAL DE PROYECCIONES
UNIVERSALES.**

Marcela Crespo Buiturón
CONICET - ARGENTINA

Entre los sonidos, uno se escuchó con más fuerza:
Lejaim...

El día que comenzaba una guerra, ella hizo del amor
un arma con la que cauterizar heridas.

La pena agudiza los sentidos y las caricias los devuelven a su estado natural.

Curó heridas, las recibidas y las que estaban por llegar.

Susana Pérez Alonso, *Melania Jacoby*

INTRODUCCIÓN

Ha venido surgiendo en la literatura española de las últimas décadas una serie de relatos que intentan, con mayor o menor afán revisionista, la reinterpretación de los hechos históricos recientes, en especial, los referidos a la Guerra Civil, la crisis de Posguerra y el Exilio. Así lo atestiguan novelas como *La voz dormida* de Dulce Chacón (2002), *La Desbandá* de Luis Melero (2005), *El corazón helado* de Almudena Grandes (2007), *Los años del miedo* de Juan Eslava Galán (2008), entre otras tantas.

En este marco, la escritora asturiana Susana Pérez Alonso inscribe su última novela, *Melania Jacoby* (2010), comienzo de una trilogía que abarcará la revolución minera asturiana de 1934, la guerra civil española y el exilio asturiano.

La novela está articulada en base a dos ejes centrales: la historia de una mujer adelantada a su época, que cuestiona radicalmente el orden impuesto por el poder masculino, y la irrupción del conflicto minero de 1934, que dibujará desde sus márgenes un mapa de recorridos por la situación social, política y económica de la Asturias previa a la Guerra Civil. Progresivamente ese primer eje irá integrándose en el segundo y adquirirá un relieve peculiar.

Pérez Alonso concede a la cuestión minera una relevancia ambigua: la de indagar en el ser asturiano, su grito de rebeldía social y la huella ostensible que ha impreso en la historia de su país, al mismo tiempo que la de erigirse como una metáfora universal de dos fuerzas en pugna: la indómita Naturaleza (representada tanto por el mar y las praderías, como por la mina) y el afán del hombre de imponerse sobre ella, intentando doblegarla a su servicio (en las figuras de la burguesía asturiana y el incipiente poder franquista).

Es el propósito de este ensayo analizar cómo la figura de Melania Jacoby, la mujer transgresora del orden hegemónico, tanto de clase como de género, se constituye en un punto de articulación y de diálogo entre las citadas fuerzas antagónicas y configura un espacio intersticial, un borde, donde resisten los marginales (las mujeres, los perseguidos, por pobres).

En comunión con las fuerzas naturales y a partir de su lucha junto a los mineros, trabajadores de la Tierra, intenta no sólo detener el proceso de deshumanización al que parecen estar condenados, sino que también, respondiendo al deseo ancestral de restitución de la Unidad perdida entre el Hombre y la Naturaleza, cifra en el poder del amor, la más visceral de las punciones humanas, la única vía de escape de aquéllos ante el horror inminente al que su país se precipita.

Melania Jacoby sintetiza en su figura un conflicto individual de proyecciones universales.

SUSANA PÉREZ ALONSO: PRELIMINARES BIO-BIBLIOGRÁFICOS

Susana Pérez-Alonso y García-Scheredre nace en Santullano de Mieres, Principado de Asturias. Fuertemente comprometida con la realidad política y social de su tierra natal, gran parte de su vida transcurre entre tribunales –como graduada social y procuradora- y colaboraciones habituales en medios de comunicación, tales como *La Nueva España*, *La Voz de Asturias*, a nivel local y *Onda Cero*, *Cadena Ser*, entre otras a nivel nacional. Su prosa es difícilmente clasificable según ningún canon. Oscila permanentemente entre un despojado realismo de denuncia social y un reelaborado realismo mágico, con pinceladas del mundo feérico.

Su primera incursión en la literatura fue un volumen titulado *Cuentos de hombres*, publicado en 1999. Al año siguiente, fue finalista del premio “La Sonrisa Vertical” con su novela *Mandarina*. Luego fueron apareciendo *Nada te turbe* (2002), *Nunca miras mis manos* (2003), *De la ternura, la impostura y el sexo* (2004), *La vida es corta, pero ancha* (2005), *En mi soledad estoy* (2005) y *La fuerza de tu abrazo* (2006). Su última novela, *Melania Jacoby* (2010), inicia una etapa en su obra signada por la preocupación por la historia asturiana. Cuidadosamente documentada, la novela pone en situación de diálogo la vida privada de una mujer miembro de una familia de la alta burguesía con la problemática minera previa a la Guerra Civil Española. Como en una suerte de gradación que alcanzará una intensidad insostenible, el destino de Melania Jacoby irá entretejiéndose con el de los trabajadores de la mina hasta desbarrancar en tragedia. La Naturaleza, desde esa orilla asturiana, no sólo se plantea como marco espacial de la novela, sino como clara figura especular de la protagonista. No es un mero testigo, sino la fuerza oculta –y por ello, de alguna manera marginal- de una mujer que pelea contra los dictámenes masculinos de su

época y contra la injusticia social, económica y política de una dictadura naciente, acogida por una alta burguesía asturiana que especula con la vida y la miseria de los trabajadores.

Melania nace en el seno de una familia judía por vía paterna y católica, por materna. Bajo la apariencia de consolidados intereses financieros, los Jacoby emprenden una nueva cruzada: salvar a los judíos perseguidos de Europa. Para ello, son necesarias las alianzas económicas y maritales con la élite católica. Así se decide el casamiento de Melania con Juan de Lena, quien la somete a permanentes vejaciones. Por la misión que le ha sido encomendada, por sus hijos, por la reputación de su familia, silencia su drama, pero cuando entiende que la vida de Benjamín, su hijo mayor –tullido y aparentemente retrasado- puede estar en peligro en manos de un padre que lo desprecia, decide romper con su pasividad y “desear”. Entonces, en la pradería del Norte, frente a los acantilados Melania desea la muerte de Juan de Lena. El ensordecedor estruendo de un bufón y el feroz rugido del mar bajo un cielo encapotado son testigos de la caída de su esposo, devorado por la Tierra. Viuda ya, Melania toma el control de los negocios familiares. Entabla amistad con el socialista Manuel Llanceza, sindicalista minero. Promete ocuparse de la situación miserable en la que se encuentran los trabajadores y sus familias, mientras intenta guardar nuevamente una apariencia de mujer débil e inexperta frente a los demás empresarios que no ven con buenos ojos la política social y económica que la Jacoby intenta imponer en las minas. Los sones de guerra van abriéndose paso en la España de la década del '30. Los falangistas adquieren progresivamente más poder y la misión de su familia se vuelve más peligrosa y difícil. Tras el asesinato de José Calvo Sotelo y de Castillo Sáenz de Tejada, personajes destacados de ambos bandos, la problemática política se instala con mayor vigor, abriendo brechas insalvables entre los Jacoby y los de Lena. La violencia se desata

en las calles asturianas y las revueltas mineras en la Cuenca del Caudal y del Turón cobran la vida de varios miembros de la familia Jacoby, quienes son salvajemente asesinados. Sumida en la muerte y la devastación, Melania veng a sus muertos y se entrega, como único medio de salvación posible, a los brazos de su cuñado, Alejandro de Lena, quien la ama profundamente desde la crueldad de una insipiente dictadura, evocando para ella otro cuerpo y otro amor, más libre, pero no menos cruel por su ausencia: el de Mijail Abramski, el judío que conoce durante su viaje por Europa tras la muerte de su marido y que ahora reemprende la cruzada que ha dejado inconclusa el padre de Melania.

MELANIA JACOBY: LA LUCHA DESDE LOS MÁRGENES

El preanuncio de la crisis desatada en la revolución de 1934 se gesta, para Melania Jacoby, en las entrañas mismas de la tierra.

Ese margen norte en Asturias, entre las praderías y acantilados, se presenta en la obra de Pérez Alonso como un espacio ciertamente significativo, que abre una brecha hacia el interior de la Tierra. Es el espacio del deseo y de las utopías. Cuando Juan de Lena envía a su esposa a Llanes, a Peñapobre, su casa de campo, piensa que la confina al destierro, que la exilia de ese centro generador de sentidos que es para él y para toda la alta burguesía, Oviedo. Para Melania, en cambio, esa orilla abre ante ella una visión más clara del mundo. El mar, las praderías y el carbón se constituirán en su nuevo hogar y la pondrán en contacto con fuerzas mucho más poderosas que las del hombre: “Juan de Lena pensaba que aquello era un destierro y bien se cuidaba ella de que continuase pensándolo. No había mundo más

feliz ni sociedad más perfecta que la que ella estaba comenzando a tejer al margen del mundo al que pertenecía” (Pérez Alonso 32). Frente a un destino que la obligaba a “ser otra”, la protagonista, en su supuesto destierro, no hace más que emprender un viaje iniciático, una incursión hacia el interior no sólo de Asturias, sino de sí misma, un re-encuentro con lo más íntimo. Ese viaje opera en el mundo novelesco una traslación: Oviedo deja de ser el centro portador e irradiador de significados, el cual se traslada a una periferia que paradójicamente no se entiende como tal, sino como el espacio donde es posible tender los lazos más profundos hacia el otro centro, el de la Tierra, donde habitan los marginales.

Estos marginales, en *Melania Jacoby*, son las mujeres y los mineros. Vejados, abandonados a su miseria, explotados, silenciados, tanto unas como otros cifran sus esperanzas en la Tierra. El mar, los prados o las minas se constituyen más que en tablas de salvación frente a la ambición desmedida del hombre que pretende poseerlos y avasallarlos, en oscuras y secretas armas que catapultan a los marginales hacia el dominio de sus propias vidas. Restituyen la voz de los silenciados.

Melania se libera de su condición de mujer humillada por un marido déspota y perverso: “Si supieses el placer que me das, Melania, si pudieses entender el placer que siento al verte así: casi rota, humillada” (34), a través de las fuerzas de la Naturaleza que la protegen y vengán:

Juan de Lena sintió una fuerza en el pecho que no lo dejaba avanzar. Bajo sus pies, un temblor. Se agrietó la hierba y un chorro de agua salió de la tierra. El agujero se hizo mayor y Juan notó con pánico cómo una fuerza lo levantaba, y cuando se retiró la columna de agua salobre, él la acompañó hacia el interior de la sima. [...]

-Vamos, padre. Hay que avisar a los hombres de que el señor de Lena ha tenido un accidente. Que comiencen la búsqueda de inmediato.

... La pradería era una enorme caja de resonancia. Repetía un sonido similar a un corazón acelerado, a un corazón bombeando sangre sin control alguno. Al paso de Melania, retronaba la calma y los que asemejaban latidos bruscos, desordenados, fueron descendiendo hasta desaparecer. Lo mismo hicieron las nubes. (38)

De esa fuerza de la Naturaleza nace la voluntad de Melania. Tras la muerte de su marido, no sólo toma el control de sus negocios, sino de su vida. La relación intertextual entre el epígrafe del primer capítulo de la novela (“Deutsches Requiem”, de Borges¹) y la conclusión a la que arriba la protagonista, cifra, en su condición de puesta en abismo, el planteo subyacente que sostiene todo el universo novelesco. En la cita de Borges, reza:

En el primer volumen de Parerga und paralipomena releí que todos los hechos que pueden ocurrirle a un hombre, desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte, han sido prefijados por él. Así, toda negligencia es deliberada, todo casual encuentro una cita, toda humillación una penitencia, todo fracaso una misteriosa victoria, toda muerte un suicidio. No hay consuelo más hábil que el pensamiento de que hemos elegido nuestras desdichas; esa teleología individual nos revela un orden secreto y prodigiosamente nos confunde con la divinidad. (15)

Por su parte, frente a la actitud de su padre, que comienza a orar en hebreo pidiendo protección ante hechos supuestamente demoníacos que habrían arrebatado la vida a su yerno, Melania grita:

-¡No, padre! No hables de eso, deja la Kabala a un lado [...] Nadie ha cometido hecho malvado alguno, nadie. El alma se dirige siempre hacia donde su atracción la impulsa y la de Juan estaba destinada al abismo. Él mismo ha buscado su muerte.[...] Yo, esta tarde, me he erguido. Quien se yergue es porque ha sido

¹ Relato incluido en *El Aleph* (1949)

doblegado. Simplemente se ha cumplido la voluntad, en este caso la mía. [...] Me he puesto la justicia como coraza y mi túnica ha sido la venganza, padre. Así de simple es todo. Las escrituras no son más que relatos novelados. (41)

El planteo de Melania es bastante complejo. Hay una voluntad, decididamente humana -en ocasiones hermanada con las fuerzas de la Naturaleza- que decide el destino de los hombres. Sin embargo, aunque borradas, las palabras de Borges se erigen como un fantasma: “No hay consuelo más hábil que el pensamiento de que hemos elegido nuestras desdichas”. Porque, en el fondo, lo que Melania intenta borrar es la conciencia ancestral que le impone un Dios cruel, que la aleja del amor y la arroja hacia un mundo de odios y muerte. Ante él, ninguna voluntad humana podría cambiar el rumbo de los acontecimientos. Es a ese mismo Dios a quien increpa al final de la novela, cuando recibe la carta de Mijail Abramski explicándole que emprenderá esa cruzada para salvar a los judíos perseguidos, lo cual lo alejará de ella tal vez para siempre:

... se levantó con dificultad y miró al cielo. Bajó la vista al mar y a la hierba, tambaleándose junto al precipicio, sacó la carta del pecho, la rompió sin cuidado alguno y la arrojó al bufón. Un estruendo acompañó a cada trozo de papel en su vuelo [...] La voz de Melania Jacoby fue más fuerte aquella noche que la de cualquier trueno.

-Abreq ad habrá! ¡Envía tu rayo hasta la muerte! ¡Déjame entrar en su alma! ¡Tráeme al menos la suya o déjame morir! ¡Dame la paz que ansío! (495)

Desde el rechazo, desde el cuestionamiento, Melania se convierte paradójicamente en la judía más creyente. El suyo es precisamente el grito del creyente que, frente a las atrocidades a las que llega el hombre en su ambición desmedida, pide a Dios que ponga coto a la misma. La trama novelesca se desarrolla así como una suerte de duelo entre la

voluntad divina que la ha convertido en la “elegida” y le ha impuesto una misión que, por momentos, siente que la supera, y su propia voluntad que, ignorándolo al comienzo, pero volviéndose consciente a medida que se desarrollan los acontecimientos, buscará cumplir la utopía que le ha sido asignada:

-Me comportaré como lo que no soy: una buena judía. Me sometía a un destino casi bíblico. No he dejado que me convirtiese en lo que él [se refiere a su esposo] deseaba, intentó expulsarme de lo que él creía era una vida ideal en Oviedo, pensando que esta tierra en la costa era un destierro cruel, y al final iba a hacerme desaparecer a Benjamín y a mí. Toda una lección de historia, padre. Toda una tradición de siglos concentrada en estos pocos años de vida con él. En el fondo, organizaba un *pogromo* familiar. (43)

Melania no entiende aún –lo hará más adelante- que precisamente por no haber dejado que su marido la transformase en lo que él quería, por haberse rebelado, se convierte en lo que cree no ser: una buena judía que, como los elegidos, los marginales, los desclasados, lucha desde el silencio, provista de una fuerza ajena a la humana. Como los Druidas, que “cuanto más cerca estaban de la naturaleza, cuanto más se apartaban de los suyos, mayor era su poder” (66), Melania deberá emprender ese viaje que la alejará de su mundo conocido y la pondrá en contacto con las fuerzas de la Tierra Adentro. Deberá desgajar su identidad de la del grupo al que pertenece, para que aflore su “yo”. El concepto de identidad, en este sentido, implica necesariamente fenómenos de inclusión y exclusión de un “yo” con respecto a un “otro”. El “yo” es tal en cuanto pertenece a un grupo, pero también en cuanto posee una originalidad particular e irremplazable (Morín 271).

El desvío del pueblo español en aras de un supuesto progreso, que se traduce penosamente en el desarrollo económico y que atenta contra esa unidad primigenia del

hombre consigo mismo y con un orden superior (llámese Dios o Naturaleza), es lo que lo ha impulsado hacia el abismo. La misión de Melania, en definitiva, es buscar el camino de regreso hacia esa unidad perdida. La Naturaleza se convierte, entonces, en el sendero que conduce a ello, pero reproduce en sí misma los peligros que acechan al hombre.

Así, dos figuras emergen del entramado ficcional que propone Pérez Alonso: la gruta y la mina. Desde las profundidades de la Tierra, una se constituye en refugio, la otra, en abismo. La primera es un lugar de tránsito entre la tierra y el mar. Es el lugar donde descansan y recuperan fuerzas los marginales. Melania busca respuestas y dibuja las líneas de su deseo en una escondida gruta en la que las figuras de sus ancestros fueron improntas en las paredes:

La arena terminaba en una laguna de agua salada: en un extremo, un pequeño rastro de espuma señalaba el lugar por donde el mar horadaba la tierra y entraba formando una playa subterránea. La luz del día se adivinaba en lo alto de la caverna, las raíces de algún árbol colgaban entre la tierra y el agua. [...]

Melania se arrodilló bajo las figuras pintadas en la roca y las miró. [...]

Ellos estaban allí y nadie los había dibujado. Eso decía su padre. Si el poder era desear algo con fuerza, ella lo estaba haciendo. (60-61)

Es un lugar de encuentro entre el mar y la tierra, entre el yo (Melania) y el nosotros (los ancestros), es decir, entre el hombre y sus raíces.

La mina, en cambio, es el mirador de la muerte. Cuando Melania toma el control de los negocios familiares, su primera decisión es bajar a un pozo. Necesita, más que ver, experimentar lo que allí acontece. Sentir en su propio cuerpo el frío de lo siniestro. Porque la mina, en *Melania Jacoby*, es su representación más acabada. Lo siniestro, lo que debería

haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado (Schelling 75), sólo aflora cuando el hombre parece estar desorientado, perdido² (Freud 27). Ésta es la condición de los personajes de Pérez Alonso: son seres incapaces de ver la profundidad del problema que los aqueja. Es por ello que solamente tras la oscuridad de ese abismo, se le hace patente a Melania la cara oculta de la situación que vive su país:

Avanzaron por la galería y Melania miraba todo con admiración, la entraña de la tierra estaba ante ella. [...] Aprendió lo que era un *costeru*, un *derrabe* y aprendió que la vida en las entrañas de la tierra a merced del grisú o de una quiebra valía poco [...] La oscuridad era indefinible y el silencio, cuando se alejaron de los tajos en los que trabajaban los hombres, provocó en ella más pavor que el estruendo de una galería (103-104)

Un país sumido en la oscuridad, a merced de cualquier derrumbe. La desesperanza le llega, entonces, a Melania, cuando percibe que vive en una aporía, en una España que, enajenada en una realidad europea que no la contiene, se une a ella atentando contra sus propios intereses sin comprender que se precipita hacia el abismo. Ésta es la visión que intenta comunicar a Manuel Llaneza en su último encuentro:

-*Mein Kampf*, don Manuel: Mi lucha. Es la primera parte, espero con impaciencia la segunda. Este enano con bigote odia de igual manera a comunistas y judíos. Los socialistas supongo que no se librarán de su odio. Voy a cumplir veintiocho años y no sé qué es un día de paz. [...] No se preocupe por lo que digan los empresarios hulleros, a la hora de mi muerte el problema estará resuelto, entre otras cosas porque pienso deshacerme de las minas en cuanto pueda, tardaré aún en poder hacerlo, pero no quedará nada por lo que pelear cuando yo me marche de este mundo. (285)

² Esta noción fue propuesta por Ernst Jentsch en 1906, en un artículo titulado *On the Psychology of the Uncanny*, que Freud cita en su texto..

Las minas representan el afán del hombre por dominar una fuerza que no comprende ni respeta. No son el camino de regreso –por abrirse a la entraña misma de la tierra- hacia esa unidad primigenia que el hombre ha perdido: Son la denuncia más acabada de su desvío. No son espacios creados naturalmente –como la gruta-, que comunican las distintas vías por las que se ve la realidad facetada del mundo. Son, en cambio, una herida abierta por la que se desangra España.

LA REVOLUCIÓN MINERA DE 1934 EN *MELANIA JACOBY*

Si bien el mayor énfasis está orientado a la situación de miseria y degradación humana que viven los mineros asturianos, la cuestión política no es desatendida, aunque siempre planteada en estrecha relación con los intereses económicos, especialmente de la alta burguesía, cuya cara visible se exhibe en la ciudad de Oviedo, pero cuyas entrañas y zonas de poder se extienden por las regiones mineras.

La primera transgresión ideológica de Melania encuentra su cauce en la figura de Manuel Llaneza. Como se sabe, Llaneza había nacido en Asturias. Trabajó en sus minas y fue miembro del Partido Socialista Obrero Español. En 1906 participó de una huelga por la que fue despedido, emigrando al norte de Francia, donde siguió desempeñándose como minero. Allí trabaría relación con Émile Basly, director del sindicato reformista de orientación tradeunionista, lo cual le serviría de inspiración y antecedente para fundar, de regreso a su tierra natal, el primer sindicato de industria de España. En 1910 fundó el

Sindicato de Obreros Mineros de Asturias (SOMA). En 1923 fue elegido diputado de las Cortes de Asturias, aunque sólo llegó a ocupar el escaño unos meses, debido al golpe militar de Primo de Rivera. Durante la dictadura de este último, se desempeñó como interlocutor entre la patronal –en ocasiones, también el gobierno- y los trabajadores mineros. Así, consiguió fondos para construir un orfanato minero y varias Casas del Pueblo (Costoya, 2004). En este momento de su historia y accionar sindicalista lo inscribe Pérez Alonso como personaje de su novela:

... Ponte en contacto con Manuel Llanea, hazle saber que la viuda de Juan de Lena estaría agradecida con su presencia en el funeral. Envía la misma misiva a Pablo Iglesias, padre. Él no vendrá, pero hazle saber que yo le estaría agradecida si acudiese. Los ojos se me están cerrando. ¿Lo recordarás todo?

-Sí, Melania. No veo con buenos ojos tu invitación a Manuel Llanea. Juan lo odiaba y él sentía lo mismo por Juan.

-Yo odiaba a Juan de Lena, le he dado tres hijos y asistiré a su funeral, padre. Haz lo que te he dicho, por favor. (69)

La alianza entre Melania y Llanea se sostiene por una doble razón: la preocupación por la situación de los mineros y el odio hacia los terratenientes abusivos, representados, en este caso, por Juan de Lena. En el caso de la esposa de éste, es la mujer, entendida como tal y a la vez que adoptando un rol masculino –líder de la empresa familiar-, la que odia a Juan. Porque en la novela y en el personaje, las dos esferas, la pública y la privada, seguirán derroteros solidarios. La verdadera dicotomía entre las mismas no se encuentra, entonces, en los hechos, sino en las apariencias. Juan de Lena había sido un ser cruel en todos los ámbitos, pero la prensa lo describiría como un héroe:

Meses más tarde, Melania Jacoby sonreiría con un punto de tristeza al ver una crónica sobre el comportamiento heroico de su marido cuando trataba de salvar a su mujer e hijo de una muerte segura en unos acantilados asturianos, según refería el semanario *Por esos mundos*. (71-72)

La postura de Melania es un punto de inflexión semejante al de Llaneza. Es, independientemente del gobierno de turno, un intento por conciliar los derechos e intereses de la patronal y el obrero, por entender que es la única alternativa viable. Muerto Juan, su hermano Alejandro ocupa ambiguamente –escindido entre los beneficios de sus negocios y la pasión que le despierta su cuñada- el espacio de poder burgués. En su personaje, Pérez Alonso condensa el discurso hegemónico de las esferas de poder, obligado a un diálogo abierto con el discurso de las minorías marginales, representadas también contradictoriamente por Melania:

-... Me ha dicho tu padre que has ordenado que se invite a Manuel Llaneza: no es una buena idea. Un socialista en el entierro de mi hermano no es normal. [...] Yo respeto todo lo que has pedido [...], pero no estoy conforme. Ni con tu deseo de que no se celebre el funeral en Oviedo, todo el mundo pensó que se haría allí.

-No es un socialista; es *el* socialista, Alejandro, es el minero con mando en plaza. ¿Cuánto dura la huelga? No pueden seguir así ni ellos ni nosotros. El resto de los propietarios que hagan lo que quieran [...] ¿Te imaginas que la dictadura continuara para siempre?

-¡No es una dictadura, Melania! El país se desmembraba y fue necesario un golpe de timón. (76-77)

Es decir que el personaje de Melania opera en el texto diversas transgresiones que configuran un discurso metaficcional imbricado en la ficción misma: No sólo propone un cambio radical en el rol femenino de época (la mujer que fuma, que decide el destino de la

empresa familiar, que domina la voluntad masculina, etc.) y en la estructura de las relaciones de poder de clases (ya no traducida en la dicotomía poder-subordinación), sino que también cuestiona la legitimidad de los discursos sociales, articulando un espacio de diálogo –como ya se ha dicho- entre las élites y las minorías marginales:

-... lo tremendo es que después de Primo de Rivera vendrán otros del signo contrario. Así es España. No voy a dejar a merced de los políticos ni a las empresas ni a mi gente. Un funeral en la catedral, en Oviedo, sería una afrenta a los trabajadores, un templo lleno de la burguesía regional, de los patronos, de los capataces que los hunden en la miseria más tremenda, sería una afrenta para ellos. Si yo fuese una mujer de la mina, vería eso como una provocación. [...]

-No hablas como una mujer, Melania...

-... No me enfrentaré a los obreros con más muestras de poderío ni más cerrar los ojos ante lo que piden y es justo. Será un funeral abierto a todo el mundo, en Turón. Sin bancos reservados en la iglesia, sin cordones separando a los mineros de los capataces. (77)

Melania no es, ni aspira a ser, una mujer del pueblo. El condicional: “Si yo fuese una mujer de la mina...” es ciertamente significativo, pues niega la posibilidad de que así sea. Ella pertenece a su clase, la burguesa, disfrutando de sus privilegios tanto como despreciándolos, porque para conseguirlos y preservarlos es necesario adoptar una actitud camaleónica y acomodaticia, es decir, propiciar y consolidar la imposición de silencio que tanto la ha atormentado desde su matrimonio con Juan de Lena. La burguesía es, entonces, como una mujer: debe mantener una doble vida, contentar tanto a Dios (la iglesia) como al Diablo (el sindicato):

-No serás capaz de recibir a ese socialista en esta casa, no puedes hacerlo.

-Claro que puedo, abuela. Tú le das dinero a la iglesia y al sindicato católico y yo ayudo al socorro minero. Así se hace en las familias como la nuestra si quieren sobrevivir. De sobra lo sabéis todos... (96)

Sin embargo, este personaje, violentado por su condición de mujer y de judía, tanto como de asturiana y española, desmerece la defensa de los intereses presentes y personales, en virtud de los nacionales y, por extensión, de los humanos, entendiendo que la clave para asegurarlos es la educación. Lo que falta en España no son obras de beneficencia, lo que sobran no son políticos corruptos y empresarios oportunistas. Lo decididamente necesario es convertir al español en un hombre instruido, que sea capaz de comprender lo infame de su condición. La verdadera miseria de España es la barbarización de sus gentes, lo que faltan son escuelas y lo que sobran son desesperanzados.

El desencanto por la promesa incumplida, las ambiciones desmedidas, la injusticia avasalladora de voluntades se cierne sobre Melania tanto como sobre Asturias. La revolución no se percibe como una salida, sino como una trampa:

Esta nación carece de una burguesía con principios democráticos que aliente una revolución realista, algo adecuado a los tiempos. Morirán inocentes, crearán masas enfurecidas para nada, ningún poder establecido los apoyará ni controlará esa ira desatada. Soplan vientos de cólera, que no de cambio, señores. (362)

Porque lo que consigue, sea cual sea su pretensión, es sólo renovar los viejos odios. Y el odio no es una fuerza creadora, sino por el contrario, destruye todo lo que alcanza. El asesinato de la familia Jacoby se perfila, entonces, como otra puesta en abismo de lo que sucederá en Asturias: la muerte sin sentido del inocente, no porque la cara del verdadero

enemigo permanezca aún oculta, sino porque el odio es el que pone la venda sobre los ojos de la Justicia confundiéndola con la Venganza. Melania venga la muerte de su familia de la misma manera en que sus asesinos han vengado a otros sobre aquélla, instalándose todos en un círculo de muerte semejante al que su país está comenzando a dibujar:

-Ha comenzado una guerra y me obligan a verla, Luisa. Una más. ¿Crees que tengo yo fuerza para aguantar nuevas matanzas? [...]

... nunca, jamás me reproches lo que suceda de hoy en adelante. ¿Quieres que viva? Sea, pero prepárate a sobrevivir en la infamia, en el dolor. (496)

Es lo que, en definitiva, le espera a España: Años de infamia y dolor.

CONCLUSIONES

Frente al poder destructor del odio, que afecta tanto a sus personajes ficcionales, como a la realidad que vive su país, Susana Pérez Alonso convoca otra fuerza, que entiende antagónicamente como creadora, el amor:

Empujó al hombre hasta la bancada obligándolo a sentarse, se puso sobre sus piernas como un niño cuando pide que lo abracen, y aquel amanecer, Melania Jacoby dejó salir el dolor en forma de alaridos que provocaban las manos de Alejandro de Lena al tocar su cuerpo.

Entre los sonidos, uno se escuchó con más fuerza: *Lejaim...*

El día que comenzaba una guerra, ella hizo del amor un arma con la que cauterizar heridas.

La pena agudiza los sentidos y las caricias los devuelven a su estado natural.

Curó heridas, las recibidas y las que estaban por llegar. (501)

Porque para la autora, ésta es la única vía que asegurará el regreso del español –y por extensión, del hombre- a esa unidad perdida, la que lo une con las fuerzas más profundas de su tierra y la que restaurará la herencia ancestral que ha sido borrada de su memoria. Así, como una suerte de letanía final, Melania Jacoby evoca las palabras en las que se cifra su deseo, el reencuentro del hombre –del español- con su hermano:

Si vieres extraviado el buey de tu hermano, o su cordero, no le negarás tu ayuda; lo volverás a tu hermano. Y si tu hermano no fuere tu vecino, o no lo conocieres, lo recogerás en tu casa, y estará contigo hasta que tu hermano lo busque, y se lo devolverás. Así harás con su asno, así harás también con su vestido, y lo mismo harás con toda cosa de tu hermano que se le perdiere y tú la hallares; no podrás negarle tu ayuda³. (501)

³ Deuteronomio, 22.

BIBLIOGRAFÍA

AZNAR SOLER, M. (Ed.). *Sesenta años después. Las literaturas del exilio republicano de 1939*. Barcelona: Associació d'Idees, 2000.

BACHELARD, Gastón. *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.

BORDIEU, Pierre. *La identidad como representación*. París: Fayard, 1982.

BUTOR, M. "El espacio en la novela". *Sobre literatura II*. Barcelona: Seix Barral, 1967.

CARDOZO DE OLIVEIRA, Roberto. *Identidad, etnia y estructura social*. México: Ala, 1989.

CERUTTI, Ángel y GONZÁLEZ, Cecilia. "Identidad e identidad nacional". *La Revista de la Facultad*, 14, (2008): 77-94.

COSTOYA, Marcial. "Anarcosindicalismo y la Revolución de 1934". *La revolución en Asturias en 1934*. Jornadas de la Universidad de Buenos Aires, 27 de octubre a 1 de noviembre de 2004, www.almargen.com.ar/sitio/seccion/historia/asturias34/index.html

CRESPO, Marcela Gladys. "El exilio y la feminidad: espacios de la opresión". *Cambiando el conocimiento: universidad, sociedad y feminismo*. Oviedo: KRK, 1999: 69-75.

DÍAZ NOSTY, Bernardo, *La comuna asturiana. Revolución de octubre de 1934*. Madrid: Zero, 1974.

FREUD, Sigmund y HOFFMANN, Ernst. *Lo siniestro/El hombre de arena*. Buenos Aires: Homo Sapiens, 1982.

JACKSON, G.; BROUÉ, P.; BAYERLEIN, B., y otros. *Octubre 1934*. Madrid: Siglo XXI, 1985.

LOJO, María Rosa. "La mujer y su 'oscuro objeto de deseo' en la literatura: de Cervantes a Latinoamérica". *Mujer y sociedad en América*. Buenos Aires: ILCH, 1988: 25-31.

MORÍN, Edgar. *El método*. París: Seuil, 1980.

PÉREZ ALONSO, Susana. *Melania Jacoby*. Madrid: Funambulista, 2010.

PONS, María Cristina. *La memoria del olvido. Novela histórica de fines del siglo XX*. México: Siglo XXI, 1996.

RUIZ, David. *Octubre de 1934. Revolución en la República Española*. Madrid: Síntesis, 2008.

SCHELLING, Friedrich. *Antología*. Barcelona: Ediciones 62, 1987.

VALLS, Fernando. *La realidad inventada: un análisis crítico de la novela española actual*.

Barcelona: Crítica, 2003.